»Nadie ha comprendido como Jesús lo que es dar gloria a Dios. Decimos que Dios hizo el mundo y todas las cosas para su gloria, y así es en verdad, porque Dios no puede tener un fin menos noble que El mismo, ni menos alto.

»San Juan Crisóstomo repetía, como expresión del deseo de su corazón, *que todo sea en gloria de Dios.* San Ignacio de Loyola tomó como lema suyo y de su Orden esta frase: *Todo sea a mayor gloria de Dios.* El anagrama final de los escritores e impresos de los Carmelitas y de otras Ordenes religiosas es: *Loado sea Dios y la Virgen Madre.* Santo Tomás de Aquino, al recibir al Señor como *Viático* en los últimos momentos de su laboriosa vida, hizo esta manifestación: «Te recibo a Ti, precio de la redención de mi alma; a Ti, por cuyo amor estudié, velé y trabajé; y te prediqué, y enseñé a Ti, ni dije algo contra Ti; pero no soy pertinaz en mi pensamiento, y si dije algo incorrecto de este Sacramento, todo lo someto a la corrección de la Santa Iglesia Romana, en cuya obediencia salgo ahora de esta vida» (I). Muchos años antes había hecho una declaración semejante al morir San Edmundo, Obispo. En todo habían buscado la gloria de Dios.

»Santa Teresa de Jesús, con estilo más difuso, pero más encantador y no menos expresivo, dice de sí misma: «Esto sabe El (Señor) bien, o yo estoy muy ciega, que ni honra, ni vida, ni gloria, ni bien ninguno en cuerpo ni en alma hay que me detenga, ni quiera ni desee mi provecho, sino su gloria» (2).

Pero nadie ha podido ni podrá jamás comprender como Jesucristo lo que es dar gloria a Dios; nadie como El ha sabido el mérito encerrado en el ofrecimiento voluntario y amoroso hecho a Dios de la propia vida y del propio ser con todas sus actividades y perfecciones; porque nadie puede comprender como Jesucristo lo que es Dios, las infinitas perfecciones y magnificencias del Señor. El entendimiento humano de Jesús, desde el momento de su creación, excede en capacidad de entender no sólo a todas las criaturas que tienen actualmente inteligencia, sean hombres o sean ángeles, sino a cuantas criaturas inteligentes quiera crear el Señor en toda la eternidad; excede a todos desde el momento en que fue creado y unido hipostáticamente a la Persona Divina del Verbo. Nadie puede ni acercarse al conocimiento que el entendimiento humano de Jesucristo tiene de Dios y de sus perfecciones infinitas. Sólo El conoció y vivió los efectos insondables del divino amor *Nadie como Jesucristo sabe lo que es dar gloria a Dios,* porque este conocimiento está en proporción del conocimiento que se tiene del mismo Dios, de su magnificencia y perfecciones.

Y por esto mismo, perfectísimo como era, buscó en todo y procuró en todo la gloria de Dios y su gozo fue dar esa gloria al Padre.

Primero, en el silencio de Nazaret durante treinta años. Nadie ha podido ser tan humilde como Jesús, porque nadie ha visto como Ellas perfecciones que

tenía y que todas las había recibido gratuitamente. Sin ningún merecimiento anterior, Dios, por pura bondad, al crear su alma, la dotó soberanamente y la unió al Verbo. El alma de Jesucristo había recibido más dones que toda la creación y los había recibido gratuitamente de Dios; no podía engreírse; era la humildad misma y se ofrecía toda a Dios en agradecimiento.

Vive treinta años en Nazaret, sabe todas sus altísimas perfecciones, las recoge todas y, en su incomprensible silencio de amor, las dirige a Dios y vive sólo para el Padre. ¿Qué sabe el mundo sobre esta vida de ofrecimiento continuo en divino amor y heroico silencio de Jesús? Y con ello está dando a Dios ininterrumpidamente gloria infinita.

Después, con la predicación del Evangelio, y por último, en la cruz. Ofreció su vida en Nazaret, en los campos de Palestina y en el Calvario.

Jesucristo vino al mundo para redimirnos. Esta verdad es ciertísima; nos la enseña la fe. Pero la teología enseña igualmente que Jesucristo vino al mundo y se encarnó para que hubiese en lo creado quien pudiera dar gloria a Dios como merecía y amarle con amor infinito. La Encarnación del Verbo es el gran misterio de Dios en sus obras; el centro de la creación y lo que da más eminente gloria a Dios. Así lo resume San Pablo: *Todas las cosas son Vuestras....; vosotros, empero, sois de Cristo, y Cristo es de Dios* (3).

Jesucristo fue el amor infinito en la tierra. Amó a Dios sobre todo cuanto se le puede amar y recogió todo nuestro amor y nuestro ofrecimiento y el amor de todas las criaturas espirituales que aman al Señor, y como Sacerdote Eterno, se lo ofreció unido a su propio amor y ofrecimiento con mérito infinito, ya que por la unión hipostática con la Segunda Persona de la Trinidad beatísima es Dios. El alma de Jesucristo, su entendimiento humano y su voluntad humana, eran una sola persona divina con el Verbo Eterno y todas las acciones eran divinas.

Sólo Jesucristo ha sabido lo que era dar gloria a Dios y sólo El ha podido dársela perfecta. y lo hizo. Esto explica el silencio misterioso de treinta años en Nazaret. Allí estuvo consagrado sólo a Dios. El nos dijo en el Evangelio: *No busco mi gloria* (4) ; recogió toda la alabanza y todo el amor de las almas puras, humildes y santas; todo lo que tiene eco y luz de agradecimiento y perfecciones en la creación y uniéndolo a su propia alabanza, como Sacerdote Santísimo, como Cabeza y Rey Supremo de la creación, lo entregó al Padre.

Tú recogiste, oh Jesús mío, mis obras, mis deseos y los de tantas almas santas como te aman, y para bien y mérito mío, los uniste a los tuyos y los ofreciste con amor infinito a Dios. ¡Bendito seas por tu amor y tu bondad! Quiero cada día amarte más. Por Ti buscamos tantas almas la silenciosa y apartada soledad. Como Tú y por Ti, aspiramos a ser sólo para Dios.

Porque Jesucristo comprendía tan altísimamente lo grande que era buscar la gloria de Dios, vivió casi toda su vida enseñando con su ejemplo pobre y desconocido. Medios no claros para la razón humana, pero los más aptos según la voluntad divina. Vivió ofreciéndose total, continua y perfectamente a Dios. Toda su vida fue una continua renuncia, una muerte de sus gustos y un perfecto y ardentísimo holocausto que terminó en la Cruz. Era todo eso la gloria de la creación y se la ofrecía a su Eterno Padre. Nadie ha podido igualar este ofrecimiento, que, a imitación suya, han hecho después millones de almas, las más puras del mundo, consagradas al Señor.

Jesucristo sabía el modo de cantar la perfecta alabanza y lo hizo con soberano silencio y total donación.

Si leemos de muchos Santos que la luz recibida sobre alguna de las perfecciones divinas les sacaba fuera de sí y les arrebataba en éxtasis; si hablando de las grandezas de Dios, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz quedaron los dos suspendidos en el aire por el exceso de conocimiento y regalo, ¿qué no sentirla el alma de Jesús en aquella altísima comprensión? ¿Cómo no ungiría su espíritu con suavísima dulzura el bálsamo del Espíritu Santo? .

A sus Apóstoles comunicó esta preciosísima noticia: *Yo te he glorificado en la tierra; tengo acabada la obra, cuya ejecución me encomendaste. Ahora, glorifícame Tú, oh Padre, en Ti mismo, con aquella*

gloria que, como Dios, tuve yo en Ti antes que el mundo existiese (5).

Cuando Jesús dijo estas palabras, ya había aceptado la muerte y se había despedido de los Apóstoles con la última cena.

Si Santa Teresa de Jesús decía que el alma que ha bebido en la fuente de la Vida «querría tener mil vidas para emplearlas en Dios, y todas cuantas cosas hay en la tierra fuesen lenguas para alabarle» (6), Jesucristo lo realizó. Ofreció su vida una vez e instituyó la Eucaristía, para poder ofrecer millones de veces su vida de un modo maravilloso y con insondable amor para la gloria de Dios y bien de las almas (7).

(1) *El espíritu sacerdotal del Angélico en su testamento intelectual,* por el Cardenal Gomá.
(2) Santa Teresa de Jesús, *Relaciones,* m.
(3) San Pablo: I, *A los Corintios*, III, 23
(4) San Juan, VII, 26.
(5) San Juan, XVII, 4, 5.
(6) Santa Teresa de Jesús, *Morada* VI, cap. IV.
(7) *De la hermosura de Dios y de su Amabilidad,* por el P. I. E. Nieremberg, lib. II, cap. VII, pár. V.

CAPITULO XX

GOZO INMENSO DEL ALMA DE JESUCRISTO DANDO A DIOS, CON EL OFRECIMIENTO DE SU VIDA, LA MAYOR GLORIA DE LA CREACION

Esta doctrina sobre el gozo de Jesucristo en el ofrecimiento de su vida toda, desde Belén y Nazaret hasta la cruz, mal expuesta por mí, la oí brotar dulcísima de los labios del santo ermitaño. Ni sé expresar el efecto gratísimo y profundo que hizo en mí. Recobré nuevos ánimos de espiritualidad y hasta me parecía casi del todo nueva por lo poco que en ella se medita.

La vida oculta de Jesús en Nazaret no estaba envuelta en penumbra de tristeza, sino iluminada con fulgor y gozo. Jesús llevaba dentro de Sí mismo la lámpara inextinguible de alegría. Los sufrimientos, lejos de apagarla, aumentaban su llama y sus reflejos. El ofrecimiento continuo de su vida en trato silencioso de altísimo amor no perturbado por nada, y la aceptación de su muerte en el momento señalado por su Eterno Padre, aumentaba sin cesar el raudo manantial de gozo dentro de su alma. Yo entendí con esta luz que la vida de Jesús fue de inmensa mayor

alegría que de pena, como lo es la vida santa de todos los que a El se entregan; tanto sobrepasa el gozo al dolor cuanto mayor es el silencio y la soledad. Movido por este sentimiento, se vio obligado a exclamar un enamorado de la vida oculta: *¡Oh bienaventurada soledad! ¡Oh sola bienaventuranza!* En ella se vive más a Dios y El lo llena todo. Y esta es la causa de que el dolor encierre inmenso gozo espiritual, tanto mayor cuanto más íntimo y crecido. Quisiera continuar lo que oí al dulce ermitaño, no de las penas y dolores de la sacratísima pasión de Jesús, sino del placer y gozo que dentro de su alma sentía, en contraste maravilloso con los dolores terribles exteriores y la causa o razón de ese gozar. Quisiera que fuera para ti, que esto lees, de tanto efecto y santo estímulo como para mí lo fue.

Y bien mirado, ¿cómo se ha de encontrar extraño que Jesús sintiera ese gozo en su pasión, cuando lo sintieron los mártires que por confesarle a El murieron en los más crueles tormentos y cantando su alabanza? Siendo inmensamente más grande el amor de Jesús y más puro e intenso el amor con que se ofrecía, y más alto y claro su conocimiento de la grandeza de Dios que el de todos los mártires, es natural fuera sin comparación mayor su gozo. Si las almas fervorosa sintieron gozo en el dolor, ¿no lo sentiría Jesús?

Tenía reunidos en torno suyo a sus discípulos en la Cena Pascual. Sabía El, no los discípulos, que era la última que celebraba en su compañía. Empezó ex-

presándoles su grande amor, diciéndoles el deseo tan vehemente que había tenido de que llegara esa hora.

Había llegado el momento de dar su cuerpo y su sangre en manjar a los apóstoles y a todos los discípulos que en la sucesión de los siglos viviesen, por medio de la Eucaristía. Es misterio de un amor, que no es posible comprender en la tierra por mucho que lo admiremos; nos será dado entenderlo en el cielo.

Por la Encarnación y nacimiento se dio a los hombres en misterio de amor. Se encarnó para redimirnos. Lo infinito se abrazó y unió a lo finito, creado por El mismo. Ahora se daba a los hombres en alimento. Con un milagro de su omnipotencia, en muestra de su infinito amor hacia nosotros, cambiaba la sustancia del pan y del vino en su propio cuerpo vivo y entraría toda su Persona divina en el pecho de cada uno que le recibiese, para ser alimento del alma y comunicar gracia y amor suyo a medida del deseo y de la preparación y amor con que se le reciba.

Quiso darse en una modalidad nueva, que confirmaba su amor sin límites y su poder infinito, obrando sobre la esencia de los seres y cambiando la sustancia de los elementos. Se dio a los apóstoles; se me dio a mí. Quiso hacerse sustancia de amor y que, entrando en mí, le hiciera yo amor mío, y me convirtiera yo en amor suyo.

Quiso que los hombres pudiéramos ofrecer al Criador una oblación digna, una alabanza infinita y un amor perfecto, y se nos dio en la Eucaristía, para

que todos pudiéramos ofrecer a Dios como don nuestro, como amor y tesoro nuestro, y en agradecimiento y alabanza, el amor del Verbo.

Su cuerpo y su alma entran realmente como está en el cielo en nuestro cuerpo para hacerse sustancia nuestra y poner en nosotros vida sobrenatural y eterna; para que nos hiciéramos una cosa con El y viviéramos su vida sobrenatural y sus virtudes, su amor a Dios y su inmolación santa.

Se quedaría con nosotros para enseñarnos amor y oración; para pedir en nuestra compañía. Era aquel el momento de una manifestación nueva de sublime amor.

Pero más aún que por esto, con ser tan alto, tan hermoso y tan incomprensible, había deseado Jesús aquel momento, a mi parecer, porque iba a ofrecer a Dios lo que nunca se había ofrecido. y Dios iba a aceptar la consumación del ofrecimiento que le tenía hecho. Jesucristo se entregaba en holocausto y oblación suprema e infinita; ofrecía su vida y aceptaba la muerte. Había dado a Dios, viviendo en Nazaret, todas sus acciones, su nombre, su ciencia y saber en secreto silencio; había ofrecido los bienes materiales viviendo en pobreza y oscuridad, teniendo derecho a todas las cosas y siendo el señor del mundo. Había ofrecido su vida, pero no había llegado el momento hasta aquella hora. De nuevo ofrece a su Eterno Padre su vida y su honra, y sabe que es aceptada. Abraza morir en la mejor edad de su vida terrena y

con los más grandes dolores, en la más ignominiosa deshonra y desprecio. Se ofreció en inmolación total, purísima y voluntaria a su Eterno Padre, en su alabanza y para su gloria,

Desde el momento de su encarnación, Jesucristo había amado a Dios con toda la intensidad de la potencia de su alma y de su cuerpo, con un amor muy superior a toda la creación junta, por su unión en la Persona del Verbo. Fue el amor infinito, amando a Dios por todos los hombres, tanto en el silencio y pobreza de Nazaret como en la predicación de su Evangelio por las ciudades de Palestina. Ahora estaba a punto de consumar este amor infinito en alabanza y en ofrecimiento a Dios, y por la redención de los hombres, abrazando la muerte y ofreciéndose como víctima.

Más grandes de lo que puede decirse fueron los dolores de Jesús durante su vida y, sobre todo, en su sacratísima Pasión y muerte, que empezaba con la Cena Pascual. Muchos admirables y devotos libros se han escrito haciendo resaltar estos sufrimientos para mover el corazón a la compunción, al agradecimiento y a una vida santa, para que sean bálsamo de consuelo en nuestras penas.

Pero aún más grandes que sus dolores fueron los gozos de su alma, lo cual parece algo extraño y es muy hermosa verdad, muy alentadora y muy en consonancia con la doctrina del sufrimiento enseñada por los Santos. Con toda certeza se puede asegurar

que ninguna persona hubiera podido resistir gozo tan intenso y seguir viviendo sin especialísima ayuda del Señor.

El sufrir de Jesús en su pasión fue superior al de todos los hombres; pero su gozo fue también inmensamente más grande que todas las alegrías y gozos de los mortales. Con su vida daba lo que valía más que la creación entera y más que millones de mundos que Dios creara de nuevo. Ofrecía a Dios más amor y más mérito que todos los ángeles y que todas las criaturas más santas juntos pueden ofrecer.

Decía Jesucristo a sus apóstoles: «Con deseo he deseado que llegue esta hora, porque en ella, con el ofrecimiento de mi vida se dará más gloria a Dios que jamás pueda dársele. Tengo el gozo inmenso de darle yo esa gloria. Para esto he venido al mundo. Ofrecí mi vida antes; ahora la consumo con mi pasión y muerte. Sólo yo puedo dar a Dios esta gloria, y lleno de amor y de gozo se la doy.»

La inteligencia de Jesucristo, abarcando claramente todas las acciones de todos los tiempos, de todos los mundos creados, de todas las generaciones del correr de los siglos, de todas las criaturas capaces de amar y de entender, que por ventura más perfectas que el hombre de la tierra pueblan otros mundos sin haber ofendido a Dios, las recoge y se las ofrece con su vida a Dios.

Y con un gozo inmensamente mayor que el tormento que va a atenazar sus sentidos y todo su cuer-

po, que la tristeza, el desprecio y la deshonra, lleno de alegría interior, ve clarísimamente que desde ese momento hasta el de expirar en la cruz, da a Dios la mayor gloria y la mayor alabanza que jamás se le ha dado.

Grande era el dolor de tu cuerpo, -pero el gozo de tu alma era inenarrable y capaz de quitar la vida de alegría a otro que no fueras Tú, oh Jesús amabilísimo. La muerte fue de sumo gozo para tu, espíritu. Diste con ella gloria a Dios y me redimiste a mí.

¿Cómo no había de sentir Jesús inconmensurable gozo en los sufrimientos? Sería contra la ley natural del amor. Santa Teresa de Jesús dice de sí misma -y ésta es la norma de las almas santas- que cuando la daban los ímpetus de amor buscaba algo para hacer penitencias, pero todo era como nada, y explica *que no sé yo qué tormento corporalle quitase* (I) la pena y gloria juntas que ponía el amor. ¿Qué deseo y qué gloria, qué sed de ofrecimiento no pondría en Jesús su amor, ante el cual es nada el de las almas más ardientes y el de todas juntas? La misma Santa hizo una poesía al sufrimiento:

Si *el padecer con amor*
puede dar tan gran deleite,
¡qué gozo dará el verte!
. . . .
¡Oh, que no puede faltar
en el padecer deleite! (2)

Fue en su Pasión cuando mejor pudo Jesús decir a su Eterno Padre: «Padre, así te he amado y glorificado sobre todas las cosas; te he amado más que a mí mismo; te he ofrecido todo lo que me diste; te he dado la suma alabanza y la gloria que es posible darte. Yo sólo podía dártela, y te la he dado. Me deshago en amor tuyo y por la redención de los hombres, como es tu voluntad, abrazando la cruz. Tuyo soy y seré eternamente para Ti. *En tus manos pongo mi espíritu.*»

¡Qué bien cumplió Jesús el dicho de Santa Teresa: «¿Qué hace, Señor, el que no se deshace por Vos? »

Jesús ennobleció la muerte y la hizo amable, transformándola en ofrecimiento de amor y en gozo de esperanza de cielo.

El gozo de Jesús no fue en su cuerpo, en el cual padeció fuertísimos dolores. Los mártires sintieron muchas veces en su cuerpo placer y contento mientras eran atormentados, porque el gozo de su espíritu revertía en sus miembros. Alguna vez se derramaba y hacía sentir en el cuerpo de los santos muy penitentes una suavidad dulcísima y regalada, pero no era esto lo ordinario, sino la excepción. El santo y el mártir tienen su alegría en la prueba; sienten gozo en el alma, con dolor en su cuerpo. Les nace el gozo de la fe, por]a cual saben que están agradando a Dios y cumpliendo su voluntad santísima. No aspiran a otro placer en esta vida, antes buscan los trabajos, los menosprecios y la desestima de los hombres. Todo

ello es doloroso a los sentidos y al gusto, pero produce alegría de espíritu.

Tampoco los gozos de Jesús fueron en su cuerpo; en sus sentidos y en sus miembros sintió dolor crudelísimo; parte de su alma estuvo sumergida en amarga tristeza. Pero la voluntad estaba radiante y henchida de alegría, porque estaba haciendo la voluntad de su Eterno Padre, porque estaba amando subidísimamente a Dios y dándole gloria, porque estaba amando a los hombres y redimiéndoles. y Jesús sabía con certeza lo que nunca supieron los santos: que Dios se complacía sobre manera en esta su obra. Sabía que El era la santidad y vivía la santidad. Sufría su cuerpo con el dolor, y eso aumentaba la alegría y gozo interior, pero era también como contrapeso para no morir de gozo espiritual. No le faltó a Jesús el gozo.

¡Oh, que no puede faltar
en el padecer deleite!

Es doctrina de San Juan de la Cruz, como veremos más adelante, que la muerte de los que han llegado a la unión Con Dios no es por enfermedad ni por lo avanzado de la edad, sino por un ímpetu irresistible de dulcísimo amor (3). No hay duda que el mayor ímpetu de amor y el más intenso que se ha vivido ha sido el de Jesucristo.

Este ímpetu es de suyo inefable y tanto más deli-

cioso cuanto es más doloroso. «El más puro padecer trae... más puro y subido gozar, porque es de más adentro saber» (4). y se desea entrar «hasta los aprietos de la muerte por ver a Dios». Jesucristo se ofreció a su Eterno Padre, a quien amaba sobre todas las cosas, en un acto de amor sobre todo amor y sobre todos los amores juntos de la creación y se ofreció en un dolor, que tampoco ha sido igualado. Pero el gozo más excelso, el deleite infinito y más grande que jamás se ha vivido ni se podrá vivir en la tierra y con dulcísimas alegrías e indecibles complacencias, los tuvo Jesús.

Nos parece esta contraposición de grandísimo dolor y excelso gozo algo imposible y que no sabemos comprender, pero no por eso deja de ser menos verdad, y Santa Teresa, que había pasado algo de ello, lo intenta explicar en los versos copiados y en esta exclamación: *Oh gran deleite padecer en hacer la voluntad de Dios* (5).

Jesucristo aceptó y abrazó la muerte y pudo, lleno de humildad, decir a su Eterno Padre: «Me inundáis en gozo de amor por este ofrecimiento que de mi vida y de mi honra os hago en agradecimiento y en alabanza a vuestra gloria y por la redención de los hombres. Con la entrega de mi vida os doy gloria como nadie os la puede dar. El hacerlo yo me llena de dicha. Soy vuestro y para Vos.»

El gozo que recibió Jesús en el ofrecimiento de su vida por su pasión y muerte, sólo es comparable a El

mismo; la certeza de que recibiría gloria eterna y premio el más excelso para siempre, hizo que la alegría sobrepasara a cuanto se pudiera soñar.

Porque Jesucristo abrazó los más grandes sufrimientos, porque ofreció la vida y la muerte a la gloria de su Eterno Padre con la mayor perfección y el más alto amor, porque redimió al mundo con su amor, derramando su sangre, mereció ser el Rey inmortal de los siglos, Juez de todos los hombres, y poseer más gloria eterna que la que pueden poseer todos los demás bienaventurados juntos. Fue equitativa justicia de Dios dar tan alto premio a su ofrecimiento, siempre supuesto el misterio de la unión hipostática con el Eterno Verbo, fuente y causa de todas sus grandezas.

Tan generoso y grande es Dios en sus dádivas, que a sufrimiento de una vida, que es menos que un instante comparada con la eternidad, premia El con gloria inconcebible y eterna. A un momento de obsequio de amor corresponde El con un *para siempre, para siempre de gloria.* ¿Quién no querrá ofrecer gustosísimo su vida con esperanza de recompensa tan alta? ¿Quién no abrazará la muerte para darse a Dios? «Muchos, me decía el ermitaño, no encontrarán fácil meditar en el gozo que sintió Jesús en su pasión y en su muerte; yo encuentro tanta hermosura con esta verdad, que me llena de consuelo y convierte esta amabilísima soledad en verdadero paraíso, y el gozo de Jesús en su pasión me enseña a recrearme

en mi dolor y en mis pruebas, a gozar en mis desconsuelos ya levantarme sobre mí mismo y verme ya entre los bienaventurados; con ellos vivo aquí y me comunico; con ellos alabo y amo al Señor que aquí lo llena todo y estoy esperando de un momento a otro me llame para llevarme con El. Mientras ese momento llega, le llamo con el cariño de un niño a su madre.»

Y yo nunca había sentido la luz de lo sobrenatural como oyendo al ermitaño, y nunca el impulso de amor que entonces sentí contagiado por su alegría. Además, vi pasar ante mí la soledad como una ráfaga celeste, como una brisa eternal, y de lo más profundo de mi alma le decía al Señor: «Quiero yo también ofreceros, Dios mío, mi vida como Jesús os la entregó en la cruz y en su compañía, y, por sus manos, os la doy con tanto más amor cuanto mayor sea la resistencia que mi naturaleza quisiera oponer.»

(1) Santa Teresa de Jesús, *Vida,* cap. XXIX.
(2) Santa Teresa de Jesús, *Poesías,* XXI. Véase en el apéndice V.
(3) San Juan de la Cruz, *Llama de Amor viva.* canción I.
(4) San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual,* canción XXXVI
(5) Santa Teresa de Jesús, *Moradas,* V, cap. II.

CAPITULO XXI

LA MUERTE FISICA ES APACIBLE Y SERENA

Ante las reflexiones tan hermosas de la felicidad que trae la muerte, ¿qué pensaremos de su llegada? ¿Será tan suave y tan dulce como es meritorio el ofrecimiento que de nuestra vida hacemos a Dios?

Los cristianos oímos y leemos repetidas veces textos de la Sagrada Escritura, en los cuales se presenta la muerte muy hermosa. En los Salmos se dice que la *muerte de los justos es preciosa delante de los ojos del Señor* (I). San Juan, en su *Apocalipsis,* escribe que son *bienaventurados los muertos que mueren en el Señor* (2), y el libro del *Eclesiástico* añade que el *justo espera en su muerte y no le tocará el dolor de la muerte* (3). Hay otros muchos textos semejantes. De ellos parece deducirse que la muerte será dulce y consoladora.

Una y otra vez hemos considerado que la muerte, cuando se acepta habiendo ofrecido a Dios la vida, es raudal de toda esperanza de luz y de alegría; es transparencia de eternidad feliz. Si la analizamos fisiológicamente, encontraremos que es más temida cuando se la ve aún lejana que cuando se la contempla de cerca. Temen muchos hasta recordar la muerte cuan-

do viven en perfecta salud, como si sólo su nombre pudiera entristecer la vida, cuando más bien es principio de vida, y su recuerdo, manantial de alegría, que nos enseña a sobreponernos a las cosas terrenas.

Cuando en la enfermedad se da cuenta el paciente de que le faltan las energías, acoge la presencia de la muerte con la facilidad con que se acogen todas las cosas de la naturaleza; no se recibe con sorpresa ni espanto, sino con sencillez y naturalidad. Si a la muerte ha precedido enfermedad dolorosa, suelen desaparecer los dolores y se tiene un período de paz y quietud; de ordinario, fisiológicamente se muere en paz. La fatiga de la muerte es para los que la presencian y rodean al enfermo; esos sí andan llenos de miedo y de sobresalto y suscitan la inquietud en el enfermo; pero éste en los últimos momentos y a casi ni siente llegar la muerte. La naturaleza se ha ido lentamente apagando como se extingue en los animales, como se suspende el conocimiento en quien se ha producido la anestesia para una operación. Si alguna muestra dolorosa se ve en el moribundo, es ya puramente fisiológica e inconsciente.

La muerte natural no es ordinariamente dolorosa, aunque lo haya sido la enfermedad o la lesión por la cual viene. El moribundo se extingue como una lámpara al consumirse el aceite: se amortigua la llama y el resplandor, se recoge la luz en sí misma y se acaba suavemente; algunas veces da como un fuerte parpadeo de luz y seguidamente se apaga.

De semejante manera, en el hombre se desvanecen lánguidamente los sentidos, se va perdiendo sensibilidad, como el que se siente mareado, se pierde la agilidad de la lengua y de la razón y se queda dormido en el sueño de la muerte, sin darse cuenta si los que están alrededor no se lo advierten, y aun así, el moribundo ya no lo conoce. Se queda dormido para no despertar más. Ni aun los que están observándolo lo notan muchas veces. Menos frecuentemente se ve en el moribundo como un momentáneo reanimarse para seguidamente expirar.

De ordinario no hay en la hora de la muerte ni dolores exacerbados ni remordimientos de conciencia, como suelen decir los libros. La naturaleza se va insensibilizando y durmiendo paulatinamente, y antes de expirar ya se está casi muerto e inconsciente. La muerte natural viene como un sueño natural o artificial, con amodorramiento y pesadez de los sentidos y del entendimiento, pero con sensación más bien suave y hundiéndose insensiblemente en la inconsciencia. Algunos hombres que habían quedado como muertos y volvieron a recuperar vida y salud normal, decían no haberse dado cuenta de nada, ni aun tenían recuerdo de los actos espirituales que habían practicado a última hora con todo su conocimiento al parecer de todos y de ellos mismos. Habían caído en inconsciencia sin pena ni alegría; no recordaban molestias ni inquietudes. Así hubieran muerto.

Citaré dos casos entre muchos que conozco. Era un hombre muy instruido, de cincuenta años; había siempre gozado de buena salud, pero empezó a perderla, y continuó empeorando hasta el último extremo. No era notablemente malo ni notablemente fervoroso, sino un hombre bueno, como la mayoría, de vida corriente y de práctica religiosa algo rutinaria, pero cumpliendo los deberes de cristiano. Estando muy grave, recibió los Sacramentos con todo su conocimiento a juicio de los que le rodeaban. Continuó la gravedad hasta perder todo el conocimiento y uso de los sentidos y llegar casi hasta el total desenlace. Pero por una de esas reacciones, que no sabe explicar el médico más perspicaz y sólo Dios conoce, empezó a mejorar hasta ponerse completamente bien. Contaba después que no recordaba en absoluto que hubiera recibido los Sacramentos a última hora, ni de haber tenido dolores ni fatigas especiales Se hubiera muerto como de ordinario se muere, sin darse cuenta y apaciblemente.

El otro caso ha tenido realidad en este mismo año de 1954, no ha mucho tiempo Era un señor, ya de edad, muy instruido, bien formado en religión, de muy grande y sólida piedad.

El mismo señor expone lo que por él pasó en una hermosísima y emocionante carta, escrita a una hermana suya, de este modo: «No sé si sabrás que he estado cuatro o cinco días, después de la operación, entre la vida y la muerte, de lo que desgraciadamen-

te yo no me he dado cuenta, pues estaba en un estado de inconsciencia absoluta. Dicen que yo mismo pedí el Santo Viático y la Extremaunción, y que no cesaba de rezar, pero te aseguro que hubiese sentido mucho morirme así, pues no pude hacer a Dios Nuestro Señor el sacrificio de mi vida» (4).

Era un señor buenísimo, hacía los actos de devoción y no recuerda ahora ni de haberlos hecho ni de que entonces ofreciese su vida, como lo deseaba.

Ni quiere esto decir que, aun cuando no recordaban haber hecho los actos de piedad a última hora, no los hicieran conscientemente, sino que ya, por falta de vitalidad, no se graban, no son casi sensibles y mucho menos dolorosos, ni quedan impresos en la memoria.

Santa Teresa de Jesús nos dice de sí misma que la dio «un parasismo que me duró estar sin ningún sentido cuatro días, poco menos... Teníanme a veces por muerta, que hasta la cera me hallé después en los ojos» (5). Los dolores, dice, se acrecentaron después; pero al morir hubiera sido inconsciente, a pesar de la preparación y del fervor que ella tenía.

No se esperen a la hora de la muerte especiales remordimientos de conciencia ni se teman dolores físicos fuertes. Ya la naturaleza no siente. Un animal moribundo no acusa casi el golpe o el pinchazo que se le da, y en esto somos como los animales. En el orden espiritual o religioso, se muere como se ha vivido, pero con menos sensibilidad y emoción por

la debilidad de la naturaleza. Dios nos dé entonces, más que nunca, buenas personas que nos acompañen, para que susciten en nosotros la contrición de corazón, el amor de Dios y los deseos de la vida eterna. Porque a última hora el moribundo hará, mas o menos conscientemente, los actos que le susciten los que le rodean.

Esto en cuanto a la muerte física.

Los que conservaron la lucidez de su inteligencia hasta el último instante no cambiaron de manera de pensar ni mostraron especiales inquietudes, sino en casos excepcionales. Los sentimientos continuaron hasta el fin; si habían sido buenos, terminan bien; si malos, mal. Nuestro Señor Jesucristo, dueño de la vida y en toda su consciencia hasta el último momento, termina ofreciendo al Padre su vida: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.* Repitiendo estas mismas palabras han muerto y mueren continuamente millones de cristianos, porque las repetían durante la vida. San Beda el Venerable termina dictando una lección de historia religiosa a ruego de sus discípulos. La mayoría de los cristianos mueren repitiendo la oración de todos los días: *Os ofrezco mi vida, obras y trabajos, porque os amo de todo corazón.* César Augusto dice que si ha representado bien su papel de Emperador, le aplaudan; Herodes termina mandando degollar a cinco mil judíos cuando expire. Son los sentimientos vividos que llegan hasta el fin.

El alma que en su vida desea amar a Dios termina

procurando amarle más. Quien ha meditado frecuentemente con humildad en su nada y aspirado a la perfección y a hacer la voluntad de Dios, muere viendo su nada, pidiendo a Dios confiadamente su ayuda y poniéndose en las manos del Señor hasta despertar en la luz infinita de la gloria. ¡Bendito, mil veces bendito despertar! Quien ha repetido día tras día actos de amor a Dios, muere haciéndolos y despierta en el Amor infinito, encontrándose con la hermosura y felicidad de su Criador. ¡Feliz encuentro!

Quien se ha ofrecido a Dios y deseado ir a El, termina viéndose vestido de gloria inmortal ante los ojos del Señor. Sea así, Dios mío.

No sentimos cuando nuestra alma se unió a nuestro cuerpo y empezamos a vivir, ni tampoco sentiremos o apenas sentiremos cuando se separen para empezar la vida eterna.

Menos consciencia se tiene quizá en las muertes rápidas violentas o imprevistas. Obra el instinto de conservación más que la conciencia.

Manolete, cogido mortalmente por el toro al darle la estocada, se recobra un momento y pregunta: «¿Murió el toro?» En la vida del venerable Fray Luis de Granada cuenta don Luis Muñoz que cuando vivía en Lisboa, de edad muy avanzada, atravesando un día el Tajo en una barquichuela, naufragó, y Fray Luis daba voces pidiendo auxilio. Libre ya del peligro, aconsejaba que estuviesen siempre bien preparados, porque él no se había acordado en aquel

momento de nada sino de pedir instintivamente auxilio para que le salvaran. La impresión violenta impide toda otra reflexión y hay que estar preparados y vivir en gracia, no esperando que a la hora de la muerte se arrepentirá y podrá hacer un acto de amor a Dios.

¡Qué sereno y feliz momento aquel para la conciencia recta! La Carmelita de Segovia Madre María Antonia exclamaba los últimos días de su vida «que no era posible que la muerte fuera tan dulce, pues aquello no era morir, sino empezar a gozar» (6).

(1) *Salmo* 115, 15.
(2) *Apocalipsis,* 14, 32,
(3) *Proverbios,* 14, 32, y *Sabiduría,* 3, 1.
(4) Carta de don Miguel Muguiro a su hermana M. Mercedes del Sagrado Corazón. C. D. en el Santo Cristo de Cabrera (Salamanca).
(5) Santa Teresa de Jesús, *Vida,* cap. V.
(6) *Año Cristiano Carmelitano,* por el P. Dámaso de la Presentación, C. D., tomo III, día 1 de diciembre.

CAPITULO XXII

MERITO Y ALEGRIA DEL ALMA ARREPENTIDA EN OFRECERSE A DIOS

Dios mío, en Ti confío, no he de quedar confundido ni avergonzado (I).

Estas palabras de David son dulces y regaladas para el alma que se ha propuesto como aspiración suprema y única vivir el amor de Dios y ha fijado sus ojos con ilusión infinita en la iluminada belleza de futura inmortalidad.

He obedecido, se dice, y obedezco a Dios con amor y El mismo será mi inmerecida recompensa, mi herencia soberana y mi felicidad eterna; como me lo tiene prometido, me trasladará a Sí, a vivir su misma vida.

Aunque hemos de labrar nuestra salvación con temor y temblor y es el *temor de Dios el que nos ha de conducir hasta conseguir la perfección* (2), nunca debiéramos permitir que el temor miedoso que no es amor ni reverencia a Dios, sino desconfianza y falta de amor se apoderara de nuestra voluntad.

Porque con demasiada frecuencia se observa en los cristianos no menos que en los demás hombres; y no sólo en los cristianos que llevan vida tibia, sino en los fervorosos y en los mismos sacerdotes y consagrados a Dios en las religiones, que un desmedido miedo a la muerte se apodera de su espíritu, tan grande, si no mayor, en los religiosos y en los sacerdotes que en los

cristianos que viven en el siglo, como queda indicado antes. Este miedo no es ciertamente tanto por la muerte en sí misma, cuanto porque a la muerte sigue toda una eternidad y estamos en la incertidumbre de caer en la desgracia de los condenados.

Recuerdo de nuevo aquí -y no se debe olvidar- que no ha de extrañarnos ese miedo, que es de la flaqueza humana y tiene el sello del castigo impuesto por Dios a la naturaleza; Por esto, aun en las muertes de amor, en las cuales se desea morir, dice Santa Teresa que se siente como si el alma no quisiera separarse del cuerpo; y quiso sufrir esto también Jesucristo en el huerto. y si el alma pudiera llegar sin morir a la visión y gloria de Dios, no deseara la muerte, sino la transformación y glorificación sin que el cuerpo se viera abandonado del alma y en destrucción.

Deseamos ser sobrevestidos sin ser despojados, pero como no puede ser esto sin la muerte, se desea y abraza la muerte para llegar a la vida gloriosa y a la felicidad con la visión de Dios (3). Ciertamente que aun lo excesivo de ese miedo de la naturaleza es por falta de fe viva y de confianza en nuestro Padre Celestial, y es muy perjudicial al alma. No quiere el Señor dejemos que se prolongue ese miedo ni que se apodere de la voluntad; ni este temor es agradable a la Virgen ni al Angel de la Guarda. Por eso se le debe rechazar y vencer con un acto de fe viva y de entrega al Señor. Ya nos dijo San Juan Evangelista que el *amor echa afuera todo temor* (4). Dios nos llama a

su confianza y quien suscita y fomenta el miedo desmedido a la muerte que al fin siempre resulta ser miedo a Dioses el enemigo del alma. Sabe muy bien este adversario el daño y estrago que con ello ocasiona a las almas, al mismo tiempo que las tortura con inquietud y sufrimientos.

El miedo es desconfianza en Dios y temor a caer en el infierno. La fe es antorcha de certeza y de luz contra el temor. Todo lo ilumina y embellece la luz de la fe, y cuando ésta se amortigua o se extingue, la espesa niebla de la incertidumbre y el miedo a la muerte, que es miedo a Dios, envuelve el alma en confusión y tristeza.

Ese miedo no puede contribuir directamente a la gloria de Dios ni al bien de las almas. Lejos de producir mérito, lo impide y causa tormento.

La *Imitación de Cristo* nos dice : «Todo, pues, es vanidad, sino amar a Dios; porque los que aman a Dios de todo corazón, no temen la muerte, ni el tormento, ni juicio, ni el infierno» (5). La fe es confianza en el Señor y delicadeza de conciencia y de amor en todos los actos. La fe viva es aquiescencia de humildad en el reconocimiento de la propia nada y en alabanza de la infinita grandeza y misericordia del Señor. La fe viva es la llama del amor, que todo lo ilumina y embellece, que enseña que Dios es el amor mismo y la verdad esencial. La fe pone humilde contrición en el alma y la dispone para que el amor divino la llene, la sobrenaturalice y la transforme.

Aun cuando un alma hubiera sido, por desgracia, rebelde a Dios, desobedeciendo y quebrantando sus mandamientos; aun cuando hubiera despreciado temerariamente su amor y sus misericordiosas llamadas, la fe nos repite e inculca esta verdad, como queriendo se nos grabe indeleblemente en lo íntimo de nuestra alma y que la tengamos siempre presente en nuestra memoria: *que Dios es misericordioso sobre toda misericordia* (6). El mayor pecado y la ofensa más terrible a Dios es rechazar o no admitir su misericordia infinita.

Es gravísimo pecado no creer que Dios perdone o la sola duda de que quiera perdonar. Sólo exige la contrición, o sea pedirle perdón de corazón, como enseña la Iglesia Católica. Cuando se tiene contrición, Dios lo perdona todo y lo perdona siempre. Jamás ha condenado ni rechazado, ni jamás rechazará o dejará de perdonar a ningún arrepentido. Sólo se pierde para siempre el que no quiere arrepentirse ni ponerse en las manos de Dios. Podrá una madre olvidarse de su hijo o arrojarlo de sus brazos, pero Dios no arroja de los suyos a quien se pone en ellos y le pide su amor .

Mi alma, Dios mío, os pide vuestro amor y confía en vuestra misericordia. La soberbia y la pertinacia son nubarrones que se interponen entre Dios y el alma y no dejan llegue hasta ella la luz de la gracia; atan la voluntad del hombre para que no quiera ir a Dios ni ponerse en sus brazos. La soberbia es falta de verdad

y en todo opuesta a Dios, porque Dios es la verdad misma y esencial, así como *la humildad es andar en verdad* (7), según frase muy acertada de Santa Teresa y por esto tan agradable y cercana a Dios.

La persona arrepentida no tiene ya razón fundada para temer la muerte y sobrecogerse de espanto ante la inseguridad de su salvación, aunque desee más larga vida para hacer penitencia y reparar sus males pasados, pues es doctrina cierta que el arrepentimiento abre las puertas del cielo y que Dios a todos ofrece el perdón e infunde muy santa contrición a quien se la implora.

No deja de ser muy peligroso para el pecador arrepentido desear larga vida con el fin de hacer penitencia; porque el hábito y la inclinación al mal no desaparecen con el arrepentimiento, y en lugar de hacer penitencia, puede volver a incurrir en los mismos pecados.

Si los buenos sienten el temor a la muerte, mucho más el arrepentido por el juicio que de su vida ha de hacer el Señor y por el tremendo purgatorio que teme sufrir como pena de su mala vida pasada. Son las dos causas que más acongojan al alma buena. ¿Cómo no han de ser opresión para la que fue mala? ¿Quién no ha de temer el juicio? Veo todos mis pecados; los cometí en la presencia de Dios y no puedo dar otra excusa que mi malicia. Oh Dios mío, *pequé;* no busco excusa, pues no la tengo. Me valga la pasión de vuestro Santísimo Hijo y Redentor mío Jesucristo

y vuestra infinita misericordia; ellas me han de salvar dándome la gracia y la perseverancia. Tened piedad de mí. La Iglesia me enseña y exhorta a confiar en la misericordia del Señor y a pedírsela con esta súplica: N *o entres, Señor, en juicio con este vuestro siervo. Ante los pecados que he cometido me estremezco y me lleno de vergüenza. . . Oh Señor, no me juzgues según mis obras, pues no he hecho nada que sea digno en tu presencia; por lo tanto, suplico a tu inmensa grandeza que Tú mismo borres mis pecados. Cuando vengas a mí, ten misericordia de mí* (8).

Se ha de hacer el juicio más exacto y minucioso, más justo y equitativo de todos mis actos, mis intenciones y mis deseos. Se pesarán todos mis vicios y mis virtudes; veré toda mi incuria o el amor que en cada obra ponía. Cuanto la vida sea más larga, si no es santa, más tremendo será el juicio y mayor el número de faltas. Y si es santa... los Santos deseaban morir e ir pronto a ver a Dios.

Ni dejó de hacer ya esta observación San Agustín, y así escribe: «Se teme vehementísimamente la muerte... Cuanto más conoce el alma... la diferencia que hay entre el alma pura y la manchada, tanto más teme que, al abandonar este cuerpo, Dios la pueda menos soportar manchada que ella se soporta a sí misma» (9).

Al fundado temor por el juicio se une el miedo por el largo tiempo que se haya de pasar en las tremendas penas del purgatorio.

Esta reflexión es muy buena para que los santos y los penitentes deseen que su existencia sobre la tierra sea lo más larga posible, pues con sus virtudes, su amor y mortificaciones de tal manera se acrisolan que no se encontrará en ellos nada que purificar y sí muchísimos méritos. Pero precisamente los santos son los que sienten prisa por ir al cielo. Porque en los no santos, a la purificación terrible, y quizá larga, merecida por las ofensas pasadas, se añadirán las faltas que se cometen cada día con la vida cómoda y disipada, con la cual, lejos de purificarse el alma, se va empañando y manchando más y con ello se añade causa de mayor purgatorio. El correr de los años hace ver que pocas veces el alma está más despegada de las cosas terrenales y de sus apetitos a medida que pasan los años, exceptuando el tiempo de la juventud, en el que, si no es muy santa, no suele estar exenta de muchas imprudencias y locuras, que desaparecen con los años de la madurez.

Pero ¿cuántos trabajan por santificarse en la edad madura, si no lo habían hecho antes en la juventud? ¿No procuran más bien la vida cómoda y que no falte nada a los gustos del cuerpo? ¿cuál de las almas buenas no se ve retratada en las preguntas que se hacia Santa Teresa de Jesús a sí misma cuando escribía las siguientes palabras: «Mas ¿quién caminará sin temor? Temo de estar sin serviros, y cuando os voy a servir no hallo cosa que me satisfaga, para pagar algo de lo mucho que debo. . . Cuando bien considero mi

miseria, veo que no puedo hacer nada que sea bueno, si no me lo dais Vos. ¡Oh Dios mío y misericordia mía! ¿Qué haré para que no deshaga yo las grandezas que Vos hacéis conmigo...?

»Mas, ¡ay Dios mío! , ¿cómo podré yo saber cierto que no estoy apartada de Vos? ¡Oh vida mía, que has de vivir con tan poca seguridad en cosa tan importante! ¿Quién te deseará, pues la ganancia que de ti se puede esperar, que es contentar a Dios, está tan llena de peligros?» (10).

¡Cuántos encontrarán que en sus años pasados fueron más fieles al Señor y estaban más desprendidos de las cosas de la tierra que al presente!

No es la vida la que purifica, sino la vida santa. Pero la vida santa siente deseos de pronta y santa muerte, sed de Dios y desprendimiento del mundo.

Es un consuelo que, a pesar de que le parezca al alma verse más imperfecta pasados los años, no deja de haber merecido y aumentado en la gracia si es cuidadosa de la virtud; no ocurre esto al alma abandonada en la religión y apartada de Dios, que crece siempre en el mal y en las ofensas.

Lo que más abrevia la purificación del alma y por completo la hermosea y limpia, es aceptar la muerte y ofrecer la vida al Señor. Este ofrecimiento es de grandísimo mérito y muy agradable a Dios. Es no sólo un acto de amor, sino el acto por excelencia; con ello no sólo se despega de lo terreno, sino de mí misma; se da totalmente a Dios en amor, y como el amor

es el que purifica, con esta oblación de la propia vida a su Criador gana más y adelanta más que si estuviera muchos años haciendo grandes penitencias y limosnas. Y si el Señor quiere que continúe su peregrinación sobre la tierra, vive esta alma en continuo acto de obediencia y amor, que es vivir en la santidad. Jesús y la Virgen Santísima estuvieron en continuo ofrecimiento de su vida.

A la luz de la fe, bajo todos los aspectos, se nos presenta la muerte hermosa y se hace deseable; pues el acto de dar la vida, acrecienta el amor y purifica más que duras penitencias o actos de piedad.

Tan maravillosa es la obra de Dios en los que le aman.

No temas, alma mía, iré a tu Señor por grandes que hayan sido tus pecados; ponte llena de amor y arrepentida en sus brazos; entra humilde y confiada en el Océano, sin fondo y sin riberas, de su misericordia.

Dios mío, eres mi Padre y yo, arrepentido de no haber sido fiel a tu amor, te pido perdón y quiero ir a Ti. No lo merezco; pero sé que me perdonas y no me negarás vivir Contigo en tu gloria. Os ofrezco mi vida, porque os amo y por mis pasadas infidelidades.

Si determináis que aún continúe algún tiempo viviendo sobre la tierra, sea para llorar mis culpas y para emplearla toda en tributo de amor. Tengan miedo -y con razón- a la muerte las almas soberbias o las que no quieren obedecer ni amar a Dios ni venir a sus

brazos contritas. Pero a los arrepentidos les da santa muerte y les lleva al cielo después de haber sido purificados.

¡Qué dulce es morir en el amor de Dios y en sus brazos y ofrecerle todos los años que nos pudiera conceder sobre la tierra! El abrazo a la muerte, en obsequio a Dios, redime y purifica al alma de sus culpas, la levanta en el amor y la toma más hermosa.

Grande debe ser la alegría y gratitud del alma, que en el pasado vivió lejos de Dios y le fue infiel, poder ofrecerle su vida voluntariamente y por amor, con el más humilde arrepentimiento y ponerla en sus manos ya su servicio proclamando a Dios, su Padre. Aunque tarde, confiada y sin reservas, como un día San Agustín, irradia fuego y amor, y, con la Magdalena, derrama el perfume de su vida a los pies del Maestro.

Un acto de contrición perfecta pone inmediatamente en el cielo.

(I) *Salmo* 24, 2.
(2) San Pablo: II, *A los Corintios,* VIl, I.
(3) San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual,* canción XI.
(4) San Juan, *Epístola* I, IV, 18.
(5) La *Imitación de Cristo,* lib. I, cap. XXIV
(6) *Salmo* 102, 8.
(7) Santa Teresa de Jesús. *Moradas,* VI. cap. X.
(8) *Responsorio del Oficio de difuntos.*
(9) San Agustín, *De quantitate Animae,* cap. XXXIII, núm. 73.
(10) Santa Teresa de Jesús, *Exclamaciones,* 1.

CAPITULO XXIII

MIEDO PERJUDICIAL QUE SE TIENE A LA MUERTE

Leemos en la *Imitación de Cristo:* «Cuando el hombre quisiere ser más espiritual, tanto más amarga se le hará la vida; porque conoce mejor y ve más claro los defectos de la corrupción humana.» « ...¡Ay de los que aman esta miserable y corruptible vida! Porque hay algunos tan abrazados con ella, que aunque con mucha dificultad, trabajando o mendigando, tengan lo necesario, si pudiesen vivir aquí siempre, no cuidarían del reino de Dios» (I).

Esto se explica en los malos. Pero ¿por qué no querrá el alma buena ir pronto a la casa del cielo y a su Dios? ¿Por qué temerá la muerte y deseará prolongar los días de su vida sobre la tierra, aunque los viva dolorosamente?

Y llamo almas buenas a todas las que llevan una vida ordinariamente al servicio de Dios dentro de su estado, a las que cumplen los mandamientos y reciben los Sacramentos, Muchísimas son, por la gracia de Dios, estas almas buenas, y muchas de ellas son muy fervorosas, agradables a los ojos de Dios, de mucha vida espiritual, de grandes virtudes y con hermosura y riqueza ante el Señor.

Un número muy crecido de estas hermosas almas

hasta se han consagrado casi exclusivamente a Dios en vida muy espiritual en el mundo o totalmente se inmolaron en la vida religiosa. Lo único que no han desechado de sí es un desmedido miedo a la muerte y un ansia de prolongar sus días sobre la tierra, aun cuando sean días tristes y no tengan otro atractivo que el sufrimiento y el pensar serán mejores los venideros. Tienen verdadero miedo -a veces terror- a la muerte, temiendo no salvarse.

Cuán lejos están estas almas de los horizontes de luz y belleza de las ansias de vida sin sombras, que describe San Juan de la Cruz tratando de las almas que aman: «¿Cómo puedes, dice, perseverar en esta vida de carne, pues te es muerte y privación de aquella vida verdadera espiritual de Dios, en que por esencia, amor y deseo más verdaderamente que en el cuerpo vives? Y ya que esto no fuese causa para que salieses y librases del cuerpo de esta muerte para vivir y gozar la vida de tu Dios, ¿cómo todavía puedes perseverar en el cuerpo tan frágil?...» «Es de saber que el alma más vive donde ama que en el cuerpo donde anima. . . Pero además de esta vida de amor, por el cual vive en Dios el alma que le ama, tiene el alma su vida natural en Dios por el ser que en El tiene, y también su vida espiritual por el amor con que le ama, quéjase y lastímase que puede tanto una vida tan frágil en cuerpo mortal, que la impide gozar una vida tan fuerte, verdadera y sabrosa como vive en Dios por naturaleza y amor» (2).

Cómo quisiera yo hacer ver a las almas dominadas por el miedo cuán infundado, cuán contra la virtud de la fe y contra la misma razón natural es el demasiado temor a la muerte y cuán perjudicial para la misma alma y de cuánto bien la priva, y, por ello, no puede ser agradable a Dios.

Se dirá que es efecto de la naturaleza, la cual sufre el castigo impuesto por el mismo Dios; pero también el Señor nos ha dado la fe y la esperanza y nos da la gracia sobrenatural para sobreponernos al temor de la naturaleza.

Ciertamente que nadie, de suyo, puede merecer el cielo. No hay obra alguna de pura criatura por alta, noble y excelente que sea, que pueda por sí sola merecer la visión de la esencia de Dios y conseguir la gloria.

Pero Dios ha prometido hacer participante de su misma sabiduría y de su misma vida a todas las almas que le obedecen y le aman, que le buscan y se le ofrecen.

El alma buena ama a Dios más de lo que ella piensa. Dios la tiene en su amistad, la enriquece con su gracia, y ha determinado darla por premio y herencia el cielo, o lo que es lo mismo, darse a Sí mismo, infinito y omnipotente como es. Por un misterio precioso, Dios se hace propiedad del alma y su gozo.

El horror a la muerte no viene a ser otra cosa que miedo a Dios, y es tentación malísima para el alma. Con apariencia de bien, reconoce su indignidad y sus

infidelidades, admira la infinita y soberana hermosura de Dios, pero al desconfiar de su misericordia comete la acción más desagradable al mismo Dios, no fiándose ni de la palabra que el Señor ha dado, ni de la Pasión y muerte que Jesús sufrió con infinito amor por las almas.

Si Dios *ama a los que le aman* (3), si ha creado el cielo para los que le aman, si El ha prometido ser el premio y la herencia de los que le aman, dándose a Sí mismo, ¿qué puede temer el alma que busca a Dios, a pesar de su pequeñez? ¿No será prenda segura y suficiente la palabra de Dios y la sangre de Cristo?

Déjase traslucir por ello que el alma pospone la felicidad del cielo a lo risueño de la tierra y la compañía y felicidad de Dios a la de los hombres.

Porque el horror a la muerte es como rechazar el altísimo fin para que Dios nos ha creado. «Échese uno a pensar por mil años, decía Nieremberg, perfecciones y hermosuras; no podrá llegar a pensar alguna tal que no la exceda infinitamente la hermosura de Dios» (4).

«Bien se pudiera pensar una hermosura tal, que por solo verse un instante se pudiera padecer eternamente los tormentos del infierno; pues esto se puede pensar, y Dios es más de lo que se puede pensar, bien merece su hermosura que los pocos años que puede durar]a vida hagamos alguna penitencia, o suframos algún trabajo por gozarla eternamente» (5).

¿No es contra toda razón y contra el instinto de la

propia naturaleza y del propio perfeccionamiento sentir horror a la muerte, que nos pone en Dios, y no desear salir de esta ignorancia, miseria y tristeza del mundo para ir a la alegría y gozo de Dios en el Cielo?

Mi fin es el cielo; el mismo Creador. Yo os deseo, Dios mío.

¿Qué tengo yo que esperar en la tierra o qué puede ella darme? ¿Acaso deseo vivir por ver los acontecimientos del mundo y los adelantos e inventos de la ciencia? Los acontecimientos suelen ser las guerras y destrucciones y no ignoro que todos los inventos que pueden hacerse hasta el fin del mundo y toda la ciencia de los hombres es pura ignorancia y un total no saber ante la sabiduría de Dios. ¿Y no sé que en el mismo momento que vea al Señor conoceré y veré en El, en un instante, sin trabajo alguno, sin error ni engaño, con sumo gozo, todos los inventos de los hombres, todas las ciencias y los adelantos más revolucionarios y sorprendentes que puedan hacer los sabios más eminentes hasta el fin del mundo, y lo sabré en la luz de Dios y en el deleite de su verdad? ¿No sé que toda la sabiduría y todas las ciencias de la tierra y de los hombres son ignorancia para lo que allí en un instante se me infundirá y veré en la divina esencia? ¿Qué puedo, pues, esperar yo aquí sino pediros, Dios mío, que me llevéis pronto a vuestra soberana luz y con Vos? ¡Oh felicidad y hermosura de cielo!, grande ansia tengo de Ti.

Sería menospreciar a Dios no desearle con ansia y no suplicarle me lleve pronto a ver en su hermosura. Sé que no lo merezco, pero todos los días le repito las palabras que El mismo me enseñó por su Profeta David: *Una sola cosa he pedido al Señor, ésta solicitaré; y es que yo pueda vivir en la casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar las delicias del Señor* (6). Confío, por la sacratísima pasión de Jesucristo, que el Señor, que conoce mis deseos, me meterá en su gloria.

Es el espíritu malo quien suscita en el alma estos temores tan molestos y daniños. Quiere el demonio, en su maldad y envidia, que sufra el alma y no adquiera méritos; que desconfíe de Dios y no ame; que se aferre a estas tinieblas y dolor de la tierra y no desee volar a la luz sin ocaso. Pretende que esté el alma alejada de Dios y aún en la posibilidad de perderse bajo su astucia. Desea el maligno que no ame a Dios, ni se le ofrezca ni se le entregue.

¡Cuán perjudicial y nocivo es para el alma la tentación del miedo a la muerte! ¡Cuán hermoso y meritorio es amar a Dios sobre todas las cosas y abandonarse en El!

¿Y si me pierdo para siempre ? Es la pregunta y la congoja del alma.

¡Oh Padre mío! Por vuestra misericordia infinita, salvadme, Jesús, mi Redentor, no permitáis que me pierda. *Una sola cosa he pedido al Señor, ésta solicitaré; y es el que yo pueda vivir en la casa del*

Señor. Pero, alma mía, reflexiona sobre el tiempo y reflexiona sobre la eternidad. En todo deseas conocer el término de las cosas; Dios ha puesto en la naturaleza humana la curiosidad de saber. Deseas el desenlace y la solución de todo, desde un simple hecho a un problema superior. ¿Por qué no tendrás prisa por saber lo que haya de ser de ti para siempre? ¿Por qué no tener mayor interés en ver lo que sigue a nuestro Último momento sobre la tierra?

Se desea larga vida, por si acaso no nos salváramos. Comparemos de nuevo el tiempo y la eternidad. Dijimos que la vida más larga comparada con la eternidad es menos que un: átomo comparado con todo el universo, menos que una respiración del hombre comparada con una larga vida.

¿Qué importa una respiración más o un segundo menos en los dos mil ciento sesenta millones trescientos veinte mil segundos de una vida de setenta años? Y mucho menor es la proporción de la vida humana comparada con la eternidad. ¿Pues que será un día más? ¿Qué importa vivir un día más, aunque me perdiese para siempre, lo que Dios no quiera? Deseo que llegue pronto la muerte y con ella conocer el dichoso desenlace y la Solución de mi vida. Quiero llegar a Dios, y en El ver mi dicha para toda la eternidad. En el Señor veré lo sumamente breve de esta vida y la ganancia encerrada en desear gozarle.

Mostraría yo carecer de razón si escogiese la incertidumbre de la tierra y su inseguridad peligrosa

a la seguridad del gozo eterno. Sólo es explicable y muy justo desear seguir viviendo, cuando interviene alguna obra de la gloria de Dios o en favor de las almas. Si Dios es más glorificado, escogeré vivir aunque sea hasta el fin de los siglos, como enseñaba San Ignacio.

En Dios conoceré las ciencias por modo soberano y con inexplicable gozo; conoceré los secretos de los mundos creados y aun de muchos creables, pero que nunca tendrán existencia. En Dios veré la ciencia de las ciencias, la suprema verdad, ante la cual todo es oscuridad y no saber. Veré a Dios y en El todas las cosas según haya sido mi amor, el cual es como la antorcha para iluminar la inteligencia. San Pablo me enseña: *Al presente no vemos a Dios sino como en un espejo y bajo imágenes oscuras; pero entonces le veremos cara a cara. Yo no le conozco ahora sino imperfectamente; mas entonces le conoceré con una visión clara, a la manera que soy conocido* (7).

Ya no habrá oscuridad de ignorancia para mí; estaré revestido de radiante hermosura y lleno de sabiduría. Sueña, alma mía, en tan maravillosa misericordia como es ver a Dios y para la cual te ha creado. Desea y pide al Señor llegue ya el momento dichoso de entrar en posesión de tan inmenso bien. Tiende tu vuelo por los luminosos e ilimitados espacios de la felicidad, de la sabiduría y del gozo perfecto, que el Señor te tiene preparado en el cielo. Mientras ese momento llega, labra tu cielo eterno

viviendo el amor. Entrégate a El en retiro, sacrificio y silencio; vive toda siempre y sola para Dios una vida santa.

Sé muy bien que no soy digno de tanta dicha. También David se veía indigno de tanta ventura, y se la pedía al Señor, que se gozaba en la petición del Profeta y en su deseo. Con sus mismas palabras os digo yo, Dios mío: *Está mi alma sumamente perturbada; pero Tú, Señor, ¿hasta cuándo? Vuélvete a mí y libra mi alma. Sálvame por tu misericordia. ¿Qué cosa puedo yo apetecer del cielo, ni qué he de desear sobre la tierra fuera de Ti, Dios mío?* (8).

Y mucho gozo en repetir con San Juan de la Cruz: «¿A dónde te escondiste, Amado? Y es como si dijera: Esposo mío, muéstrame el lugar donde estás escondido: en lo cual le pide la manifestación de su esencia, porque el lugar donde está escondido el Hijo de Dios es, como dice San Juan, el seno del Padre, que es la esencia divina» (9).

(I) La *Imitación de Cristo,* Lib. I, cap. XXII.
(2) San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual,* canción VIII.
(3) *Proverbios,* VIII, 17.
(4) *De la hermosura de Dios y su Amabilidad por las infinitas perfecciones del Ser Divino, compuesto por el v. P. Eusebio Nieremberg de la Compañía de Jesús.* Lib. I, cap. IV, pár. II.
(5) Idem, id., lib. I., cap. VI, pár. II.
(6) *Salmo* 26, 4.
(7) San Pablo; I, *A los Corintios,* XIII, 12.
(8) *Salmos* 6 y 72.
(9) San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual,* canción I.

CAPITULO XXIV

MERITO DEL ALMA QUE, VENCIENDO EL TEMOR A LA MUERTE, SE OFRECE A DIOS

Muera mi alma con la muerte de los justos, y que sea mi fin semejante al suyo (I), exclamaba Balaam cuando bendecía al pueblo de Dios; porque el justo espera en la muerte y que no le tocará sentir el dolor de la misma; porque la muerte del justo es preciosa, llena de inefable paz.

La muerte es sonrisa de esperanza de un alborear eterno.

Dulcemente añoraba este momento Fray Luis de León, cuando escribía pensando con sumo regalo en la Patria eterna:

Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura,
Mi *alma, que a tu alteza*
Nació, ¿qué desventura
La tiene en esta cárcel, baja, oscura?

****

¿Qué mortal desatino
De la verdad aleja así el sentido,

Que de tu bien divino
Olvidado, perdido,
Sigue la vana sombra, el bien fingido?

****

¡Ay!, despertad, mortales;
Mirad con atención en vuestro daño;
Las almas inmortales
Hechas a bien tamaño,
¿Podrán vivir de sombra y sólo engaño?

¡Ay!, levantad los ojos
A aquesta celestial eterna esfera,
Burlaréis los antojos
De aquesa lisonjera
Vida, con cuanto teme y cuanto espera.

¿Es más que un breve punto
El bajo y torpe suelo, comparado
A aqueste gran trasunto,
Do vive mejorado
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?

****

¿Quien es el que esto mira
Y precia la bajeza de la tierra,
Y no gime y suspira
Por romper lo que encierra
El alma, y de estos bienes la destierra?

Aquí vive el contento,
Aquí reina la paz; aquí sentado
En rico y alto asiento
Está el amor sagrado,
De honra y deleites rodeado.
Inmensa hermosura
Aquí se muestra toda; y resplandece
Clarísima luz pura,
Que jamás anochece;
Eterna primavera aquí florece (2).

Qué dulcísimamente han cantado y deseado la muerte las almas de luz.

En dos grupos se pueden dividir y estudiar las almas buenas que tienen demasiado miedo a la muerte y en ninguna de ellas dejará de cumplirse la sentencia ya transcrita de la Sagrada Escritura; que es preciosa y muy dulce la muerte de los buenos y que *la ganancia suprema es morir* (3).

El origen del miedo unas veces es el mismo amor, pero un amor imperfecto y poco confiado. El amor perfecto, dijo San Juan, aleja todo temor; estas almas no acaban de fiarse del Señor. Otras veces procede de que, como ya dijimos, la muerte es castigo de la naturaleza humana y como castigo afecta al hombre. Por esto se deseará la muerte, se la considerará lo más ventajoso y bello, pero impresiona y parece que el alma tiene que desgarrarse del cuerpo y hacerse heroica violencia, sintiendo esto junto con el deseo y

la alegría de que muere y de que va a Dios. Si no se sintiera, parece dejaría de ser castigo, y en estas almas obra más la pobre naturaleza que la gracia especial del Señor.

Procede en otras ocasiones el temor de las pruebas especiales, por las que Dios hace pasar al alma para su mayor bien y purificación. Todas se vencen con las virtudes teologales.

En la vida espiritual y en el camino de la perfección, cuanto más ama el alma a Dios, con mayor claridad ve que merece ser infinitamente amado. Desea amarle con amor infinito si la fuese posible; ya que no puede, aspira con deseo ardiente a amarle del modo más puro y con todas las fuerzas del corazón, como mandó el Señor.

Cuanto más delicado es el amor a Dios, mayor claridad comunica al alma, haciéndola ver cuán lejos está su pequeñez de la infinita perfección e infinita grandeza de Dios. El alma clarísimamente se ve a sí misma indigna del amor divino, pequeña, nada; y al mismo tiempo y con la misma luz, ve inmenso e incomparable el poder y la majestad de Dios. Entonces, llenándose de íntima humildad y abrazándose con su nada, alaba y reverencia a Dios infinito.

Del mismo modo que mirando a los cielos en noche serena maravilla el número sinnúmero de astros y las inmensas distancias que a simple vista se ven, anonadándose el entendimiento ante tan inexplicable grandeza; pero si se mira con un telescopio

aumentan los astros y las distancias según sea la perfección del aparato; de semejante modo se agranda el asombro y el acatamiento en el alma, cuando con luz superior se ve a sí misma y ve la inmensidad y omnipotencia de *Dios*.

El camino de virtudes, de amor a *Dios* y el conocimiento de la propia nada por donde van las almas buenas, es ruta segura, que indefectiblemente guía a la perfección; cuantas por esta senda caminan, lejos de sentir pena y acobardarse como *si* fueran perdidas en la niebla, . deben alegrarse y dar gracias al Señor, porque El *mismo* es su guía. Confíen cada vez más en el Padre Celestial y en las llamadas que las hace. No importa que de momento no lo comprendan ni vean claro, pero ese es el camino de los elegidos.

Para mejor afianzamiento de estas almas en la humildad -la cual es siempre la base segura de la vida espiritual-, las hace el Señor se vean con una claridad sutilísima a la luz especial que sobre ellas proyecta, y ven *hasta las motas del aire* (4), o sea sus más pequeñas imperfecciones. No se desanimen, repito, ni se entristezan por esas faltas involuntarias en sus obras buenas.

Mientras una gracia especial no las haga desaparecer, se verán humilladas con ellas; porque en todos los actos humanos se encuentran imperfecciones. Durante nuestra peregrinación por la tierra no somos ángeles ni obramos a la manera de los ángeles, sino hombres, pagando por ello el tributo impuesto a la